

EL ISLAM EN INDIA

En el siglo VII surgió en Arabia la fé islámica predicada por el profeta Mahoma a quien, según sus palabras, Alá por medio del arcángel San Gabriel, le reveló su doctrina, la cual se halla contenida en su libro sagrado: el Corán.

La estructura del sistema socio-religioso del Islam (1) se erigió sobre cinco principios básicos: la profesión de fé en Alá como el Dios único y en Mahoma su profeta, las cinco plegarias cotidianas

en dirección a la Meca, cuna y centro espiritual de dicho culto, la peregrinación anual a esta ciudad, el ayuno en el mes del ramadán y la caridad con los menesterosos.

Aunque los musulmanes conforman la segunda gran comunidad religiosa de la India, no corresponde sin



embargo hacer aquí la exposición doctrinal de este credo semítico, surgido lejos de su suelo, que no constituye por tanto un fruto de la civilización nativa, si bien sus semillas germinaron en él, ejercieron desde su llegada un extraordinario influjo como una nueva fuerza social, cultural y política que transformaría radicalmente la historia de la nación, óptica en la cual debe ser vista la presencia del islam en el territorio indio.

Si bien la fé islámica y la sui géneris cultura a que dio origen, se extendieron desde la península arábica - cual incontenible marea - por el Medio Oriente, África y partes de Europa, como resultado de un fulgurante proceso de campañas bélicas, subyugación política y apostolado religioso que modificó por completo el mapa y la historia del mundo de la época, la islamización de la India se cumplió en una fase tardía de este proceso y en forma un tanto distinta.

En primer término, a diferencia de la expansión islámica en otras áreas del mundo, no fueron los árabes quienes con sus huestes llevaron al subcontinente su nuevo credo y cultura, ya que en la vertiginosa campaña que emprendieron para su propagación por el orbe, se detuvieron en el Asia Central donde recibieron influjo de otros pueblos como los turcos y afganos, que había abrazado la fé musulmana y quienes la impondrían más tarde a la India.

Los iniciales portadores del mensaje islámico fueron sin embargo mercaderes árabes que en el siglo VIII llegaron al territorio indio por la región suroccidental del Sind y combinando sus actividades comerciales con el apostolado religioso, propagaron allí su doctrina, la cual fué acogida con la tradicional benevolencia de las gentes nativas hacia otros cultos foráneos.

No obstante, la llegada efectiva del islam a India se cumpliría unos tres siglos más tarde, en primera instancia con los invasores turcos centro-asiáticos de Mohammed de Ghazni, quien al finalizar el siglo X llevó a cabo una serie de incursiones en la región norte del subcontinente.

Bajo el dominante impulso del pillaje más que de la piedad religiosa y en procura de botín más que de devotos para su fé, esas hordas mahometanas no realizaron realmente una labor misionera ya que sólo ofrecían la alternativa de conversión o muerte a los indios, quienes a su vez rechazaban el mensaje de un dios al cual identificaban con la expoliación, la destrucción y los asesinatos en masa que los musulmanes llevaban a cabo en sus fugaces pero atroces expediciones.

Serían entonces las huestes acaudilladas por Mohammed de Ghor, que en el siglo XI decidieron quedarse en territorio indio. quienes iniciarían propiamente la difusión del credo islámico, durante campañas que resultaron menos sanguinarias, pues de algún modo buscaron propagar su fé entre los nativos por ni distintos a la ejecución de los renuentes, según se ha dicho que tal vez constataron que los hindúes eran demasiado numerosos para poderlos exterminar a todos.

Sus sucesores en el poder político, los sultanes mamelucos de Delhi, cuyas cinco dinastías gobernarían el norte del país por algo más de tres siglos, continuarían la propagación del islam en el suelo indio mediante la conquista violenta y el sometimiento de nativos, lo cual acarreó la devastación de innumerables templos y símbolos de los cultos locales, proceso éste que pudo con

fácilmente gracias al estado de disensión interna reinante entre los soberanos hindúes que no les permitió unir sus fuerzas y enfrentar con éxito a los invasores.

La labor de adoctrinamiento religioso que éstos realizaron entre los infieles pertenecientes a otros credos, sería continuada por los gobernantes musulmanes de los diversos dominios en que se dividió el inicialmente centralizado poder del sultanato y proseguiría durante el imperio mogol, cuyos monarcas tampoco eran de origen árabe sino turco-mongoles.

Para comprender cómo se cumplió en India el fenómeno de difusión y arraigo del islam en su civilización, hasta llegar a convertirse en la predominante fuente de influencia foránea, es necesario hacer sin embargo algunas precisiones sobre este culto y la cultura a que dio origen, cuya presencia en el subcontinente indio habría de tener trascendentales consecuencias históricas.

En primer término debe señalarse que, en forma análoga al propio hinduismo, el islam es un sistema socio-religioso que regula en todos los órdenes la vida de sus adeptos y de la comunidad conformada por éstos, por lo cual más que un simple culto que sus seguidores practican externa y periódicamente, constituye todo un sistema integral de vida opuesto, en muchas de sus creencias y prácticas, a la fé nativa.

Por su excluyente monoteísmo, por el principio de igualdad entre sus miembros, así como por la intransigencia y el fanatismo que en ellos inspiraba la promesa de obtener el paraíso si perecían en las batallas por imponer la fé musulmana, ésta resultaba totalmente antagónica a la tradición

religiosa índica, con su alucinante politeísmo, su respaldo a la rígida e inequitativa estructura social de las castas y su extrema flexibilidad de creencias.

En virtud de que la ley islámica (2) establecía, hasta el detalle, la forma en que debían manejarse las cuestiones religiosas, así como los asuntos seculares de la vida política y social de la nación, abarcando y entrelazando en uno solo estos dos mundos, se acentuaba entonces la frontal antítesis entre la foránea cultura musulmana y el hinduismo local.

Así mismo, en tanto que los devotos hindúes concebían una multitud de divinidades y hacían de ellas ídolos que eran adorados por las masas, los musulmanes, estrictamente monoteístas, se abstenían por mandato del Corán de hacer representaciones icónicas de Dios y abominaban las creencias politeístas y las prácticas idolátricas de los primeros; mientras los hindúes mostraban gran indulgencia hacia los credos ajenos y desconocían las confrontaciones por motivos de fé, los islámicos proclamaban la suya como la única verdadera y creían meritoria la guerra religiosa (3) contra los infieles (4) que en India rendían veneración a la vaca, a cual éstos precisamente, le daban muerte para alimentarse.

Por tales razones, pese al prolongado contacto que mantuvieron las dos comunidades, sus recíprocas influencias en el plano religioso fueron mínimas, pudiendo solo mencionarse cierta analogía que con relación a la fé aborígen, con su tendencia al misticismo, acusó el islam en India, acentuada por la importancia del movimiento sufi que allí tuvo este credo, la relativa benignidad que adquirió al contacto con la tolerante tradición nativa y finalmente, según algunos

analistas, el posible influjo que el rígido monoteísmo islámico pudo tener en la nativa corriente hindú del monismo absoluto (5).

No obstante, el encuentro en el territorio indio de estos dos grandes sistemas religiosos contribuyó más bien a afirmar sus condiciones ideológicas, con lo cual algunos intentos de incorporar en una estructura metafísica hinduista ciertos elementos de la musulmana, representados por las ideas de reformadores con Kabir ó Nanak, resultaron fallidos e inclusive fueron condenados por otros pensadores hindúes quienes no vieron conveniente fusión de creencias extrañas con las de su fé ancestral, tampoco tendrían éxito después con el emperador Akbar quien en su afán de buscar la unidad del imperio concibió un credo sincrético (6) jamás logró difundirse.

A pesar de la patente oposición entre las ideas y los valores los dos cultos, que malogró cualquier intento por alcanzar la síntesis de sus creencias, la convivencia, el contacto y la constante interacción entre la comunidad hindú y la islámica habrían de producir inevitablemente un recíproco influjo en sus artes y costumbres. Así, tal como ocurrió casi siempre en la historia de la humanidad, los males y sufrimientos de la conquista que debía soportar el pueblo sometido, le permitió sin embargo ampliar su visión del mundo y su concepción de la vida, gracias a las ideas de los dominadores foráneos, cuyos aportes fueron realmente extraordinarios en casi todos los órdenes distintos al religioso.

En el campo de las artes y las lenguas por ejemplo, las influencias musulmanas fueron formidables, si bien tuvieron en India un distintivo acento persa, de acuerdo con las raíces y el espíritu de esta civilización dominante entre los sultanes afganos y muy en especial en las cortes de los grandes emperadores mogoles, cuando la fusión estética entre la cultura hindú y la islámica alcanzó su cenit.

Estos influjos de origen persa que se hicieron evidentes al surgir el urdu como el idioma básico de la comunidad islámica y ciertas formas de expresión artística como la música y la pintura, alcanzarían sus máximos logros en la arquitectura, mediante una simbiosis cultural de gustos y técnicas en la cual se conjugaron con gran armonía, una corriente foránea representada por los aportes musulmanes y otra nativa india, proveniente de la sensibilidad, las formas de trabajo y los materiales locales, plasmándose en realizaciones de gran belleza que habrían de tener espléndida culminación en el Taj Mahal.

Retornando al terreno religioso es necesario reconocer que además de la imposición forzada de su fé que promovieron los musulmanes, lo cual motivó que muchos hindúes ante la alternativa de perder la vida se convirtieran a aquélla, el islam creció también en adeptos voluntarios de las clases bajas quienes libremente acogieron este credo que preconizaba la igualdad y la fraternidad de los hombres, ideales desconocidos en la sociedad nativa con sus abismales diferencias consagradas por el sistema de castas.

Tales conversiones que ofrecían además a los hindúes la posibilidad de elevar su status al equipararse con los musulmanes dominantes, así como de liberarse de los impuestos y de otras restricciones que éstos les imponían, se debieron ante todo al adoctrinamiento misionero de los eruditos religiosos (7) y a la labor que los místicos sufíes llevaron a cabo en regiones donde la fé ancestral había sido ya debilitada con la difusión del budismo.

El incremento de los creyentes islámicos en India obedeció, así mismo, a que muchos soldados y funcionarios traídos por los conquistadores musulmanes si bien tomaron esposas hindúes, siempre educaban los hijos en su credo de origen, aunque no extirparan de la vida hogareña algunas prácticas de la tradición local.

A su vez las influencias que la foránea cultura islámica tenía que ejercer sobre la nativa hindú, se haría sentir en ésta en el orden social con la adquisición de algunos hábitos relativos al papel y la conducta de la mujer, lo que la condujo a su reclusión en el hogar, a su exclusión de la educación, al uso del velo facial y al afianzamiento del régimen patriarcal en la familia.

De este proceso de interpenetración cultural sólo escapó el extremo sur del subcontinente donde los musulmanes no llegaron a dominar, si bien en general tampoco se cumplió en el campo, ya que sus colectividades se concentraban en las ciudades y los efectos de su presencia y su poder virtualmente no se apreciaban en las aldeas donde la vida transcurría igual que siempre, ajustada a las antiguas normas de la tradición ancestral; por ello, luego de seis siglos de predominio político, los islámicos no habían podido evitar que, en su gran mayoría, las gentes indias

continuaran fieles a sus creencias y hábitos seculares, mientras que ellos de algún modo habían estado sujetos a recibir las influencias del medio y la cultura aborígen.

La atmósfera espiritual de India ejerció así un influjo inevitable en los musulmanes, que si bien se habían esparcido en misión de conquista por el mundo, propalando con fanática obsesión a Alá como el único Dios y como única fe verdadera la enseñada por Mahoma, en su suelo y gracias al contacto con la milenaria tradición védica habrían de ir amainando su exaltación y su intolerancia ante el pacifismo y la convivencia de que daban ejemplo los nativos, motivando con ello que se desdibujaran las agudas discrepancias entre las dos grandes sectas del islam, los sunnitas y los shiítas y llegaran a florecer en su cultura formas artísticas como la pintura o la danza, habitualmente rechazadas por la fé musulmana.

El imperio mogol durante el régimen de Akbar fue la época de mayor acercamiento entre las dos colectividades, protagonizado por el mismo monarca quien, en un hecho sin precedentes históricos, esposó princesas rajputs y se alió así políticamente con sus nuevos parientes y antiguos enemigos, con lo cual sucesores suyos como Jehanguir su hijo, su nieto Sha Jahan o su bisnieto Dara Shikoh, nacieron de madre hindú.

Este último, un intelectual libre-pensador que se propuso inclusive encontrar puntos afines entre la tradición nativa y el islam y exaltar el recíproco enriquecimiento de las dos comunidades con sus ideas y creencias, sería sin embargo asesinado, en la disputa por el trono, por su hermano Aurangzeb, un ortodoxo y fanático musulmán quien reavivó la característica intransigencia de su

credo, reinstauró el impuesto a los infieles, destruyó innumerables templos, hizo suspender la celebración de los festivales y las peregrinaciones y reanudó las persecuciones religiosas.

Aunque hindúes e islámicos, las dos comunidades mayoritarias de la India, hasta entonces en lo estrictamente religioso habían logrado convivir en paz, a pesar de sus encontrados intereses polifléos y económicos, la actitud intolerante de este emperador dio lugar a continuas fricciones que, para muchos historiadores, constituyen las lejanas raíces de su frontal antagonismo y de los conflictos violentos que posteriormente suscitaría su enemistad.

A esta causa podrían agregarse las derivadas del renacimiento de la tradición nativa en el siglo XIX, impulsado por el descubrimiento de las glorias de la antigua civilización índica que dieron a los hindúes un sentido de identificación nacional del cual habían carecido hasta entonces y les permitieron erguirse con orgullo frente a los islámicos, a quienes veían como elementos extraños a esa magnífica tradición que el mundo, asombrado, estaba conociendo.

En el presente siglo los musulmanes por su parte optaron por una actitud segregacionista al marginarse un tanto del movimiento de independencia nacional indio que tenía a los hindúes como principales impulsores, mientras su máximo líder Mohammed Alí Jinhah, persistía en resaltar como irreconciliables los intereses y objetivos de sus correligionarios frente a los de la mayoría de la población hindú.

Al ser proclamada la independencia de la India del imperio británico y desmembrarse Pakistán (8) de su territorio como un país islámico independiente, las discrepancias entre hindúes y musulmanes, que en lo político habían sido atizadas por los ingleses, desembocaron en terribles enfrentamientos con que hicieron brutal explosión los antagonismos y resentimientos entre las dos colectividades, largamente incubados.

Este nuevo país, de predominante población musulmana, constituido geopolíticamente por dos grandes regiones ubicadas al este y al oeste del territorio de la India. se erigió como un Estado islámico frente a esta nación que, pese a la abrumadora mayoría de la población hindú, se convirtió en cambio en un Estado secular.

Desde entonces se suscitó una relación inestable y pugnaz entre India y Pakistán que en forma periódica alcanza niveles críticos, proceso éste jalonado inicialmente por el conflicto por el dominio de las regiones de Cachemira y Jammu y por otros encuentros bélicos posteriores y en último término por la declaración independencia que, con el apoyo del gobierno indio, a Bangladesh al escindir este país del territorio pakistaní, como un Estado libre y soberano (9).

Resulta pues un tanto paradójico que India, por tradición un país líder en el propósito universal de la fraternidad entre los pueblos, no haya podido resolver la recurrente confrontación interna entre hindúes e islámicos ni la, periódicamente tensa situación de su política exterior con el vecino Estado musulmán, fenómeno que estimula hoy las disensiones entre sus dos grandes comunidades

NOTAS

- | | |
|---|---------------------|
| 1. Llt: Sumisión y obediencia total a Dios. | 5. Advaita Vedanta. |
| 2. Sharia | 6. Din-I-Ilahi |
| 3. Jihad | 7. Mullah |
| 4. Kaffirs. | 8. En 1947. |
| | 9. En 1974. |

Responsable de la Editorial: Sra. Diana Velázquez Tels.: 6357848 y 6357311 y Cel: 3166050206